

racion. Informado el Papa del estado en que se hallaba, se affigió mucho, pero no por esto varió de modo de pensar. *Si muere*, dijo, *le damos nuestra apostólica bendicion; pero si vive, lo queremos en Roma.* Por último, Alfonso se restableció de tan grave enfermedad, y á fin de obedecer el mandato del Pontífice, se dispuso á partir para Roma.

Entre tanto, sufriendo de muy mala voluntad sus compañeros y alumnos verse privados de su padre y no vivir ya bajo su sabio y suave gobierno, reuniéndose en capítulo general, lo confirmaron, aunque obispo, superior general perpetuo de su congregacion, con facultad de poderla gobernar por medio de un vicario general. Y á fin de que esta resolucion fuese aun mas estable, pidieron su aprobacion á la sagrada congregacion de obispos y regulares, de la cual la obtuvieron el 25 de Mayo del mismo año de 1762.

PARTE TERCERA.

DEL ESTADO DE OBISPO.

CAPITULO I.

Viaje de San Alfonso á Roma y á Loreto.

Despues de haber aceptado Alfonso el obispado, por solo obedecer al Sumo Pontífice como hemos dicho, se dispuso inmediatamente á partir para Roma, como en efecto partió, llevando consigo al padre D. Andrés Villani, hombre de virtud experimentada. Quería ir á Roma con los mismos hábitos tan usados y remendados con que acostumbraba andar siempre y con los que causaba lástima á todo el que lo veía. Pero su director y otros padres lo indujeron, por obediencia, á que por lo menos se hiciese una chaquetá nueva y un manteo para presentarse al Papa y consagrarse obispo. Al pasar por Velletri, fué acogido con las mayores muestras de respeto y estimacion por el cardenal Spinelli, que ademas se empeñó

en detenerlo consigo un dia entero. A su llegada á Roma, que fué el 11 de Abril, rehusó la habitacion que le hizo ofrecer el señor príncipe de Piombino, que se hallaba ausente; solo aceptó el coche por ser necesario, y fué á habitar á la casa de los padres operarios píos que está unida á la iglesia de Nuestra Señora, llamada de los Montes. Sabiendo que el Pontífice se hallaba en Castel Gandolfo, pensó ir á visitar la Santa Casa de Loreto. Su compañero se mostraba poco dispuesto á emprender este viaje en atencion á que ya comenzaba á hacerse sentir el calor; pero él lo animó, diciéndole, que no podia haber incomodidad, por grande que fuese, que se pudiera comparar con el placer y regocijo de visitar á su propia Madre.

En este viaje así como en el de Nápoles á Roma, se ocupó Alfonso continuamente en orar y meditar, y todas las noches rezaba con sus compañeros el santo rosario y se empleaba en otros actos propios de las virtudes cristianas. En las posadas guardaba un rigoroso silencio, y rehusando segun su costumbre ordinaria toda clase de distincion, no tenia á menos comer aun con los mismos cocheros. A todos daba ejemplo de mucha templanza y mortificacion, dejando los alimentos delicados, tomando de los mas ordinarios y despreciables, que todavía hacia mas desagradables la mucha sal que les echaba. En los quince

dias que permaneció en Loreto, procuró estar oculto, no saliendo mas que por la mañana para ir á celebrar el incruento sacrificio en la santa capilla, donde permanecia muy despacio en fervorosas acciones de gracias á su Señor, y á la tarde para emplear una hora entera en la adoracion de Jesus Sacramentado y de la Santísima Virgen. Sin embargo, á pesar de todas sus precauciones para permanecer incógnito y no darse á conocer, fué reconocido por un padre penitenciaro de la Compañía de Jesus, y ya no pudo evitar ser distinguido y tratado con las demostraciones de suma estimacion y veneracion que merecia.

Por lo demas, causaba grande admiracion y ternura á sus compañeros y á todo el que lo observaba el fervor con que veneraba todo lo de aquel Santuario, consagrado con la presencia de un Dios hecho hombre; porque solo al besar las cosas de la sacra familia se le veia todo el rostro encendido. Movidó un dia por un extraordinario fervor, despidió al padre D. Andrés Villani, y quedándose solo, permaneció mucho tiempo escitado por aquel incendio, contemplando la infinita dignacion y bondad del Verbo Eterno, que no se desdeñó de habitar en aquella casa por solo el amor en que ardía por los hombres.

Luego que tuvo la noticia de que el Pontífice estaria pronto de vuelta en Roma, se apresuró á volver

allá: llegado allí, no tardó en asistir á la audiencia del Papa. El Pontífice lo recibió con las mayores demostraciones de estimacion, y prevenido ya por la fama de santidad de Alfonso, lo hizo sentar y retuvo por tres buenas horas hablando con él y pidiéndole su opinion sobre negocios de suma importancia para la Iglesia. Habiendo oido despues el mismo Pontífice las objeciones hechas al libro impreso antes por Alfonso, sobre la utilidad de la frecuente comunión hecha con las debidas disposiciones, encendido en celo le dijo: que aun él mismo habia conocido por experiencia que dicha práctica era muy provechosa al bien de las almas, y le indicó que confutase al que habia sostenido lo contrario. Luego que Alfonso volvió á su casa, se puso á componer una erudita respuesta á su contradictor, é impresa la presentó al mismo Pontífice. Si éste tenia en grande estima á Alfonso, aun la concibió mayor al verlo y al oír sus discursos tan llenos de doctrina y al mismo tiempo de tan profunda humildad. Por esto quiso que Alfonso fuese muchas veces á su audiencia, y hablando de él con Monseñor D. Pascual Mastrilli, arzobispo de Nazaret, le dijo: *Cuando muera Monseñor de Liguori tenemos otro santo en la Iglesia de Dios.*

Sin embargo de que durante la residencia de Alfonso en Roma vivió siempre retirado entre los ope-

rarios píos y con un mezquino equipaje, no habiendo querido tomar ningun otro criado ademas del que llevó consigo, era tan grande la reputacion de santidad en que todos lo tenian, que fué honrado con visitas de cumplimiento y con demostraciones de estimacion por generales de religiones, prelados, príncipes y cardenales. Por otra parte, en medio de estos honores, conservó constantemente su tenor de vida recogida, contemplativa, penitente y austera; porque despues de haber cumplido con las visitas y con los necesarios é indispensables actos de urbanidad, empleaba una gran parte del día en fervorosas oraciones yendo á todos los santuarios de esta ciudad. Pasaba casi toda la noche ó en la contemplacion de los divinos misterios, ó haciendo disciplina de sangre para mortificar su cuerpo, al que no daba sino un breve reposo, y eso sobre el suelo desnudo: ademas, su alimento era poquísimo, y por la noche no tomaba mas que una taza de agua de salvia.

Aun aquí hizo ver su caridad en socorrer á los miserables, dando siempre una abundante limosna á todos los que recurrian á él, de modo que habiéndolo notado los pobres, encontraba al salir de casa una inmensa turba de ellos que lo esperaba para recibir todos algun caritativo auxilio, como en efecto lo recibian. Viendo su criado tanta concurrencia de pobres

se indisponia algo, pero Alfonso le decia placentero: *Dejadlos venir, no es nada.* Habiendo visto un dia por acaso, entre ellos, un pobre que no vestia mas que media camisa, se hizo abrir el baul y tomó él mismo la mejor ropa blanca que tenia, y se la dió con una suma de dinero, diciéndole: *Ve, encomiéndame á Nuestra Señora.*

Un prodigio acaecido aquí mismo mostró y confirmó su santidad. Hallándose un dia de viérnes muy atormentado por la fatiga que padecia con mucha frecuencia, creyó necesario el padre Pansuti, superior de los operarios píos con quienes vivia Alfonso, hacerle preparar el almuerzo de carne, sin decirle antes nada: con esto, servida la sopa, tomó tres ó cuatro cucharadas, y viendo que le ponian delante un pollo cocido, se volvió al criado y le dijo: *Hoy es viérnes, ¿y queréis hacerme comer carne?* El padre Pansuti y el padre Villani que estaban con él en la mesa, comenzaron á animarlo á que lo comiese por la grave indisposición de salud en que se hallaba; pero Alfonso comenzó á hacer con las manos aquellos ademanes propios de una persona que se niega absolutamente á hacer lo que se le pide, y con todo disimulo bendijo el pollo. Solo su criado que estaba detras lo advirtió, y al mismo tiempo vió al pollo convertido en un pez cocido y cubierto casi todo de sal. No sabiendo

los que estaban en la mesa cómo habia sucedido aquello, preguntaron al criado qué se habia hecho el pollo, suponiendo que él lo habria vuelto á la cocina para cambiarlo por el pez; mas el criado les refirió entonces la metamórfosis verificada despues de la bendicion de Alfonso.

CAPITULO II.

Consagracion y llegada de San Alfonso á su diócesis.

Habiendo sido preconizado Alfonso obispo de Santa Agueda de los Godos por el Sumo Pontífice en el consistorio secreto del 14 de Junio de 1762, á la edad de 66 años fué consagrado el 20 del mismo mes, en la iglesia de Santa María llamada *sobre Minerva*, por el Eminentísimo cardenal de Rossi con los dos arzobispos asistentes, Monseñor Gorgoni de Emessa y Monseñor Giordani de Nicomedia, y Viceregente de Roma. Luego que recibió la imposición de las manos, se despidió del Sumo Pontífice y de otras personas notables, no queriendo retardar ni un momento ir á unirse con su iglesia. Tanto empeño por marchar á su diócesis, hizo crecer en todos la estimacion en que lo tenian, y hubo un personaje de alta categoria que

cuando fué á despedirse Alfonso de él le dijo: *Monsenñor, habeis dado un ejemplo que ha edificado á toda Roma, con no haber dejado el traje de vuestra congregacion.*

Fué, pues, á Nápoles donde á su paso recibió visitas de toda clase de personas, y fué considerado por todos como un santo obispo. De allí fué á la casa de San Miguel de los Paganos para arreglar muchos negocios de la congregacion y para disponer lo necesario á la partida para su diócesis. Al mismo tiempo se despidió de sus alumnos, no dejando de animarlos mas y mas á la perfeccion evangélica y de confirmarlos en la observancia de las reglas, haciéndoles entender ademas que volveria á su lado. Estos, por su parte le suplicaron que continuase con el gobierno de la congregacion por medio de un vicario general, apoyando sus ruegos en la facultad que para ello habia recibido del Sumo Pontífice; y él, cediendo á su solicitud, escogió para este encargo al padre D. Andrés Villani, con universal aceptacion de todos ellos, y despues ratificaron su confirmacion en un capítulo general.

Despues volvió á Nápoles y muy pronto estuvo dispuesto á partir. Muchos personajes ilustres y respetables, y aun muchos de sus colegas, procuraron detenerlo y distraerlo de un viaje tan presuroso á

Santa Agueda, pues como por una parte la ciudad está entre dos rios y por esto no es muy sana para todos, y por otra la estacion del estío estaba ya muy avanzada, esponia su salud á un evidente peligro. Mas á pesar de todas estas observaciones, y del peligro á que se esponia, quiso partir de todos modos, y dar así desde el principio una prueba inequívoca de que él cual buen pastor, estaba pronto á dar su vida por sus ovejas. En efecto, el 11 de Julio partió, acompañado de su hermano D. Hércules y del padre D. Francisco Margotta y celebró la misa en la iglesia Colegiata de Casória. A su llegada á Maddaloni, halló en el convento de los padres conventuales muchos canónigos y otras personas notables, venidas espresamente á encontrarlo para obsequiarlo y acompañarlo á su diócesis. Por otra parte, era tan grande la opinion y el concepto que todos tenian de su santidad, que efectuaba su viaje en medio de los aplausos de todas aquellas poblaciones, cuyos habitantes todos acudian á verlo y saludarlo con disparos de cámaras y con el festejoso sonido de las campanas.

Llegado al primer lugar de su diócesis en el valle de Maddaloni donde lo esperaba un numerosísimo gentío, despues de haber dado á todos la santa bendicion que fué el primer acto de su dignidad episcopal y la primera muestra de amor á su grey, quiso ir á

apearse á la iglesia de la Santísima Virgen bajo el título de la Anunciacion, que hay allí. Despues de haber hecho oracion ante el Santísimo Sacramento y de la beatísima Virgen, se levantó y dijo algunas fervorosas palabras á todos los que estaban reunidos en aquel templo, prometiéndoles la santa mision, y continuó su viaje para su residencia, entre los aplausos y las lágrimas de su grey. Ya no quiso perder el tiempo en el camino; mas cuando llegó á Bagnoli, lugar en que el obispo ejerce la jurisdiccion baronal, hizo parar un poco el coche, y despues de hacer un tierno y largo discurso á todas aquellas gentes que habian concurrido al camino real para verlo pasar y conocer á su nuevo pastor, continuó su viaje, y llegó, por último, á Santa Agueda, dos horas antes de ponerse el sol, encontrando fuera de la primera puerta de la ciudad todo el cabildo de la iglesia catedral que habia salido á recibirlo. Despues, pasando por las calles regadas de hojas y flores, en medio de un gran concurso de gentes de todas edades, sexos y condiciones, que habian acudido hasta de los pueblos inmediatos, al estruendo de las frecuentes descargas de las cámaras y del constante sonido de las campanas, fué como en triunfo á apearse á su palacio episcopal, donde fué recibido por muchos sacerdotes, religiosos y nobles personajes que lo estaban esperando.

Todas estas grandes y particulares demostraciones de júbilo y de veneracion, procedian no solo de la fama de la santidad de Alfonso que lo habia precedido, sino que habiéndose hecho fervorosas rogativas al Señor en todas las iglesias de la diócesis para que se dignase enviarles un virtuoso y digno pastor, al venir Alfonso juzgaron todos que habian sido oidos sus ruegos. El nuevo obispo se vió presto revestido de su trage episcopal; mas como no habia pensado en proveerse del sombrero verde que le correspondia para hacer su primera entrada en la iglesia catedral, tuvo el maestro de ceremonias que hacer descolgar el que estaba suspendido en el sepulcro de Monseñor D. Daniel Danza, su antecesor inmediato, y averirlo á su cabeza. Ya vestido bajó procesionalmente á la iglesia con todo el cabildo, seguido de un honroso séquito de toda clase de personas; y habiendo adorado un rato al Santísimo Sacramento, subió al dosel, y revestido de capa con la mitra puesta y el báculo en la mano, entonó el himno Ambrosiano, cantado el cual, predicó un sermón no menos propio para mover que lleno de ternura y de afecto, y por último, dió la bendiccion con la indulgencia de costumbre.

Despues anunció al pueblo la mision y la comenzó él mismo la noche del dia siguiente, y la continuó por espacio de ocho dias. Entre tanto, daba por la

mañana los ejercicios espirituales al clero secular y regular, y los dió tambien despues á los particulares. Fué tanto el bien que reportó Alfonso de estas sus primeras solicitudes pastorales, que cambió el aspecto de la ciudad de Santa Agueda desde los principios de su llegada. No fueron pocas las familias que deponiendo sus antiguas enemistades se reconciliaron: se hicieron muchas restituciones, y muchas personas de ambos sexos envejecidas en el vicio, se reformaron. Un artesano escandaloso, compungido con las palabras de Alfonso, se disciplinó de tal manera, que de allí á pocos dias murió: y un caballero de los primeros de la ciudad, que con grande escándalo de todos se hallaba hacia mucho tiempo envuelto en la inmundicia de los mas vergonzosos placeres, se convirtió tambien de corazon y fué tan perseverante, que despues de algunos meses murió con claras señales de un verdadero penitente.

CAPITULO III.

Vida ejemplar de San Alfonso siendo obispo.

Tales fueron los principios del ministerio pastoral de Alfonso, y á ellos correspondió perfectamente todo

lo demas. El no solo sabia muy bien todas las dotes que el Príncipe de los apóstoles y San Pablo, dicen que deben hallarse en el que llega á ser exaltado á la dignidad episcopal, sino que, desde que solo era rector mayor de su congregacion, las habia escogido y recopilado en un librito intitulado: *Reflexiones útiles á los obispos para la práctica del buen gobierno de sus iglesias*, y que mandó de regalo á casi todos los obispos del reino de Nápoles: así es que ya no tuvo mas que poner en práctica lo que habia insinuado á los demas, y lo practicó de tal modo, que jamas se le notó ninguna falta voluntaria en las cosas relativas á la solicitud pastoral. Y como una de las principales dotes que se requieren en un buen pastor debe ser, segun enseña el citado Príncipe de los apóstoles, que sea un perfecto modelo de su grey por medio de una virtud que nazca del fondo del corazon, y la que San Pablo al mencionarlas detalladamente á sus predilectos discípulos Tito y Timoteo, pone en primer lugar y como la base fundamental de las demas, es, que un obispo ha de ser irreprochable, es decir, sin sombra de defecto ni de error: colocado Alfonso como una lámpara encendida sobre el candelero, á fin de resplandecer por todos lados con la claridad de sus virtudes, se apresuró inmediatamente á portarse de tal manera, que el tenor de su vida y toda su conducta,